

EL DINERO EN LA LITERATURA

Frecuentemente oigo formular esta queja: «El espíritu literario desaparece; las letras son atropelladas por el mercantilismo; el dinero mata el espíritu». Estas y otras acusaciones del mismo género son lanzadas á cada instante por los que imputan á nuestra democracia el crimen de invadir los salones y las academias, de viciar la pureza del lenguaje, de hacer del escritor un mercader como otro cualquiera, que vende ó no vende su mercancía, y que según agrade ó no su marca de fábrica, amasa una fortuna ó muere en la miseria.

Pues bien; yo declaro que me irritan estas quejas y estas acusaciones. Hay que convenir ante todo en que el espíritu literario, tal como se entendió en los siglos xvii y xviii, no es el

espíritu literario del siglo XIX. Un movimiento intelectual y social ha ido preparando poco á poco una transformación que es hoy día completa. Veamos cuál es esta transformación. De esta manera me será dable determinar el papel del dinero en la moderna literatura.

I

Recientemente he vuelto á leer los estudios críticos de Sainte-Beuve; esa serie interminable de volúmenes en los cuales el autor hace una confesión larga y detallada. Ocupado precisamente en dicha lectura, es cuando he podido apreciar con más conocimiento de causa las profundas modificaciones de nuestro espíritu literario. Sainte-Beuve, escritor de una inteligencia flexible y vasta, tan á propósito para aquilatar las bellezas de las obras modernas, no oculta su cariñosa preferencia por las obras del pasado; sigue religiosamente el

antiguo clasicismo y el clasicismo francés; sus producciones son una continua aspiración á otras edades, algo así como la nostalgia sentida por los años ya muertos, especialmente por el siglo XVII, nostalgia involuntariamente expresada en una página ó en una frase á propósito de cualquier persona. Admite la época actual, se precia de conocer y de comprender todas las producciones; pero su temperamento le domina, le hace caminar mirando siempre hacia el pasado y vive más á su gusto deleitándose con melancólica alegría en sus recuerdos de erudito y de literato. Indudablemente debió nacer doscientos años antes. Leyendo sus obras es como he comprendido mejor el espíritu literario de la vieja Francia. Sainte-Beuve ha sido ciertamente uno de los últimos á sentir y á llorar aquel viejo mundo que se hundía, y la nota es en él tanto más vibrante, porque ha vivido en las dos épocas siendo más bien un actor que un juez. Las verdaderas confesiones se hacen en las horas de amargura, quizá porque son un grito de dolor personal.

Veamos, pues, la idea que Sainte-Beuve tiene del escritor, desde el momento que re-

trocede á ese pasado con el cual sueña. El escritor es un erudito, un literato que tiene ante todo necesidad de romper las trabas que nos unen á la vida material. Vive encerrado en el fondo de una biblioteca, lejos del ruido de la calle, en una dulce connivencia con las musas, entregado voluptuosamente á todas las delicadezas del alma; sumido en un éxtasis continuo, en una abstracción del ser. La literatura tiene su esfera de acción en una sociedad escogida que encanta al poeta, aun antes de tener la suerte de formarse su pequeño círculo. Nada de trabajo forzado, de vigiliias prolongadas, de tareas que reclamen á un mismo tiempo la atención y la premura; al contrario, la inspiración llega sonriente; las obras son escritas con elegante facilidad en esas horas en que el espíritu y el corazón se hallan satisfechos. Las personas *decentes* son las únicas que pueden producir en estas condiciones, entendiéndose por tales, las personas que poseen un capital ó disfrutan una pensión, aquéllas, en fin, á quienes el destino ha concedido la libertad de acción necesaria. La idea del lucro no entra para nada en los planes del literato. El escritor hace frases como el ruiseñor modu-

la sus trinos, sólo por el placer que experimenta. No hay necesidad de pagarle; se le nutre simplemente, como al ruiseñor, y nada más. Se conviene en que el dinero es cosa grossera, que rebaja la dignidad de las letras; no hay, por lo tanto, un solo ejemplo de un hombre que, cultivándolas, se haya enriquecido, y esto no sorprende á nadie, porque los mismos escritores se enorgullecen de su pobreza y aceptan el vivir de la limosna de los poderosos. Son, pues, socialmente considerados, algo superfluo y banal, un elemento de lujo, sin valor dentro del comercio, y sólo las clases privilegiadas pueden proporcionarse el gusto de pagarles, como se pagan los bufones y los bailarines.

Insisto particularmente sobre los caracteres del espíritu literario. El escritor aparece distanciado del sabio, que apasionándose por la verdad, cifra toda su alegría en descubrirla. Es, ante todo, un virtuoso, que se entretiene en componer aires musicales sobre la retórica de su tiempo; el más humano se contenta con disertar acerca del hombre, de un hombre abstracto puramente metafísico.

Uno de sus grandes placeres consiste en

parafrasear la antigüedad, en vivir en comunión más ó menos íntima con los griegos y los latinos. Es necesario ver al escritor en un gabinete de trabajo, rodeado de libros, respetuoso con la tradición, no dando un solo paso sin consultar escrupulosamente los textos, sin otra aspiración que la de ejecutar las mismas variaciones sobre temas ya conocidos, tratando á la literatura como á una dama del gran mundo que exige toda suerte de galanterías, y poniendo todo su empeño en pulirlas y prolongarlas hasta lo infinito. En una palabra, el escritor permanece estacionario en la esfera de las letras puras, los caprichosos juegos de retórica, las discusiones acerca de la lengua, la pintura literaria de los caracteres, los sentimientos y las pasiones, no buscados dentro de la verdad fisiológica, sino presentados en largas tiradas de tragedia ó en brillantes y elocuentes períodos. Un abismo infranqueable separa al sabio que indaga y al escritor que describe. Este último no se separa ni por un instante del dogma religioso y filosófico: aunque sea revolucionario su temperamento, la literatura es realmente un mundo aparte.

El libro es caro y poco buscado; ni lo lee el

pueblo, ni la clase media; se está aún muy lejos de esa gran corriente de lectura que arrastra hoy á la sociedad entera. Por excepción se encuentra un lector apasionado que lee todos los libros que aparecen en los estantes de los editores. Del mismo modo el gran público, el que forma lo que llamamos «opinión», el sufragio universal, en una palabra, no existe en materia literaria, y los salones, algunos grupos rarísimos de personas escogidas, son los únicos que juzgan decisivamente las obras. Los salones han reinado verdaderamente sobre las letras. Ellos eran los que decidían de la lengua, los que escogían las personas y acordaban el mejor modo de tratarlas; ellos los que disponían de los términos del *Diccionario*, adoptando los unos, condenando los otros, estableciendo reglas, imponiendo modas, haciendo, en fin, á su capricho grandes hombres. De aquí que las letras fueran, como dejo indicado más arriba, una flor del espíritu, un pasatiempo agradable, una distracción superior concedida á las castas privilegiadas. Imaginaos uno de estos salones que hacen la ley en materia literaria. Una dama reúne á su lado á varios escritores, cuyo solo deseo es complacerla

y agradecerla. Las obras son leídas en *petit comité*, se habla y se discute un poco de todo, guardando severamente las conveniencias y con todas las delicadezas imaginables. El genio, tal como nosotros lo entendemos, libre y desordenado, se encontraría muy mal en esa atmósfera; en cambio el simple talento se desarrollaba allí en un dulce calor de estufa. En los primeros tiempos de la galantería francesa, cuando los salones comenzaban á florecer y los grandes señores se contentaban con tener á su lado un poeta como tenían un cocinero, el estado de domesticidad en que se encontraban las letras les imponía el yugo de una casta privilegiada, de la cual se veían precisadas á aceptar la moda. Viviendo en este medio ambiente llegaron á adquirir aquellos escritores todo género de bellas cualidades; el tacto, la medida, un equilibrio pomposo, una construcción y una lengua de gran parada, todo ello unido á las habilidades y sutilezas de una reunión femenina, los refinamientos del corazón, las finas y aristocráticas *causeries*; la crítica acerada y ligera que lo desflora todo sin profundizar nunca; esas conversaciones íntimas que son como aires musicales,

melodías tristes ó alegres de la criatura humana.

He aquí el espíritu literario de los últimos siglos.

Naturalmente, los salones se transformaron en academias y el espíritu literario floreció en ellas, teniendo por base la retórica. Separado del elemento mundano, no teniendo mujeres á quien lisonjear, perdió uno de sus mayores encantos y se entró de lleno en el árido campo de la gramática, abismándose en las cuestiones de tradición, de reglas, de recetas filológicas. Causa profunda sorpresa el escuchar á Sainte-Beuve, á ese espíritu tan libre, hablando todavía de la Academia con la seriedad de un buen empleado que se encuentra satisfecho en su poltrona y que no encuentra sino alabanzas para la conducta y la labor de sus colegas. Muchos escritores sienten la nostalgia de aquellas sesiones interminables dedicadas á disputar acaloradamente sobre las palabras, de aquella charla continua, de aquellas inocentes escaramuzas libradas en nombre de los oráculos de la antigüedad, y durante las cuales se arrojaban su griego y su latín á la cabeza, gozando de la pedantería en común,

respirando una atmósfera mezquina, en la cual se mezclaban las rivalidades, las envidias, las pequeñas batallas y los pequeños triunfos.

Durante dos siglos, los hombres de Estado caídos del poder, los poetas biliosos hinchados de vanidad, los ratones de biblioteca con la cabeza llena de textos y de citas han ido allí á solazarse, á hacerse la ilusión de que sirven para algo, á discutir ante todo sus propios méritos, sin tener nunca á su lado el elemento principal: el público.

Si se escribiera la historia íntima de la Academia aprovechando las cartas particulares de algunos académicos que han confesado privadamente la verdad, se obtendría la extraordinaria epopeya cómica de una comunidad de hombres entregados á un orgullo infantil, á una serie de preocupaciones de una futilidad inconcebible. El espíritu literario ha estado guardado por mucho tiempo en una especie de arca santa con un verdadero derroche de rutinas y comadrerías, de las cuales hoy nos reimos. Bajo este aspecto, la lectura de Sainte-Beuve es muy provechosa, porque nos proporciona excelentes datos acerca de la situación

del escritor en los últimos salones de principio del siglo. Desde luego se observa que consideraba como una honra el ser recibido en casa de los grandes, ante los cuales se descubre con exageradas muestras de respeto, manteniéndose voluntariamente á cierta distancia y declarándose inferior á ellos. Acepta gustoso una jerarquía social, de la cual se ríe y á la cual disiente en cuanto pone el pié en las baldosas de la calle; pero conserva cuidadosamente su actitud humilde mientras está en medio de las damas, cerca del personaje más en boga, entre aquellos cuya protección necesita y para los cuales trabaja, quizá porque está enamorado de su exquisita finura, influido por el medio ambiente aristocrático que le rodea y en el cual las letras le parecen más nobles. Hay en todo esto un resto de cortesanía, un culto fervoroso por la buena sociedad. Cuando Sainte-Beuve mira hacia el pasado, ya no encuentra aquélla Francia característica donde su talento tuvo su verdadero puesto de honor.

En resumen, el espíritu literario de los últimos siglos forma el concepto de las letras, separándolo de toda idea de análisis científico.

Son estas las letras puras, que tienen por base filosófica la idea fundamental de un alma completamente distinta al cuerpo y superior á él. Partiendo de este dogma indiscutible, se renuncia en las obras á todas aquellas batallas que no tengan por objeto las cuestiones de gramática y de retórica. En los salones y en las Academias, el espíritu literario trabaja en la formación de la lengua, en la creación de una literatura que no turbe el equilibrio general, disertando en bellas frases sobre los caracteres y los sentimientos tal como los reglamentaba la metafísica de la época. El hombre y la naturaleza constituyen una simple abstracción; los escritores no se toman el trabajo de buscar la verdad en los seres y en las cosas, y los presentan según el mecanismo convenido ajustándose á un patrón ó pintando siempre un mismo tipo para rodearle de todas las grandezas posibles. Nadie desciende hasta el individuo; ni aun los mismos poetas cómicos que han escrito obras de observación general. El estudio de los hechos aislados, la clasificación y preparación de documentos son tareas desconocidas para el escritor. Se trata simplemente de recrear á una sociedad elegante, es-

cribiendo para su uso particular obras donde encuentren su lenguaje, sus costumbres galantes, su arte mundano, sus restricciones, toda su vida, en fin, supeditada ante todo á «las conveniencias».

Ciertamente este espíritu literario ha producido excelentes obras. Toda nuestra gran literatura nacional del siglo XVIII, y sobre todo de principios del XIX, es el producto de estos escritores y de aquella sociedad escogida para la cual escribieron. Los salones y las academias son el terreno cultivado donde fatalmente debían florecer nuestras mejores obras clásicas. A él se le debe la amplitud solemne de la tragedia de Racine, los períodos magníficos de Bossuet, la lógica y el buen sentido de Boileau. Nuestra gloria literaria está todavía representada por esas épocas, porque los siglos nuevos apenas han empezado, y es necesario dar á ese espíritu, que hoy contrarresta la insurrección romántica, el tiempo suficiente para su completo desarrollo. Mi intención no es negar el pasado; por el contrario, trato de definirle, para demostrar que las letras francesas han entrado en un nuevo período, y que es necesario separarlas de antiguos elementos é in-

fluencias, si se quiere evitar un retroceso inútil y marchar resueltamente hacia el porvenir.

He aquí definido el viejo espíritu literario. Pasemos á los documentos históricos.

II

He pensado muchas veces que se podría hacer un estudio bien interesante de la situación material y moral de los escritores en los últimos siglos. ¿Qué rango les correspondía? ¿Qué posición social era realmente la suya? ¿Qué puesto tenían entre la nobleza y en la clase media? ¿Cómo vivían? ¿de qué dinero? ¿sobre qué base?

Para responder exactamente á estas distintas cuestiones, sería necesario un trabajo considerable, una verdadera labor de indagación y compilación. Sería necesario reunir el mayor número posible de documentos acerca de los escritores, penetrar en su vida íntima, cono-

cer su fortuna, establecer sus presupuestos, seguirles en sus inquietudes, en sus tareas cotidianas; y, sobre todo, será indispensable estudiar las condiciones de las librerías de la época, saber el beneficio que el libro produce á su autor, juzgar si con su trabajo literario puede cubrir sus primeras necesidades. Solamente después de verificado este análisis tan general, tan complejo, es cuando se conocerán las verdaderas causas del espíritu literario de aquella sociedad ya desaparecida, porque así como hay que conocer el suelo para conocer las condiciones de la planta, del mismo modo hay que conocer á fondo la cuestión material, al hacer un estudio del escritor parásito de los siglos clásicos.

Naturalmente, me es imposible tratar con detenimiento el asunto. Tendría necesidad de poder disponer del tiempo á mi capricho. Yo no presento aquí más que un ligerísimo bosquejo, algunas notas que publico después de recogidas, para indicar el profundo é interesante trabajo que puede hacerse. Tampoco estos apuntes van en orden; los voy transcribiendo á la casualidad, y deduzco de algunos de ellos las reflexiones que pueden esclarecer el asunto que trato.

Para que el análisis fuera completo, debería remontarme á los primeros escritores de nuestra literatura. Pero me contentaré con tomar como punto de partida á Malherbe. He aquí lo que se lee en *Tallemant de Reaux*, el cual, después de hacer constar que el Rey no puede dar al poeta una pensión suficiente, añade: «El Rey recomienda á M. de Bellegarde, primer gentil hombre de cámara, que proteja y tenga á su lado al escritor, en tanto que se le puede incluir en las listas de sus pensionados. M. de Bellegarde le señaló 1.000 escudos de emolumentos, y puso á sus órdenes un lacayo y un caballo... A la muerte de Enrique IV, la reina María de Médices concedió 500 escudos de pensión á Malherbe, que desde entonces dejó de ser gravoso á M. de Bellegarde... Monsieur de Merand, que era de Caen, prometió á Malherbe 400 libras por no sé qué servicio, y lo invitó á comer. Malherbe se negó á aceptar el convite mientras M. Merand no le enviara su carroza para conducirlo á su casa. Ultimamente se avino á ir á caballo. Después de la comida cobró la suma estipulada...»

¿No son bastante característicos estos dos ejemplos? Sólo voy á escribir unas cuantas lí-

neas comentándolos. Un escritor viene á ser algo así como un objeto de lujo que poseen los ricos. Cuando el Rey no tiene dinero, el escritor es *traspasado* á un cortesano que se encarga de alimentarlo por cierto tiempo, como se alimenta una bestia costosa, de la cual se espera que proporcione, más ó menos tarde, una distracción; y si, como en el caso últimamente citado, la muerte impide al Rey satisfacer su capricho, una Reina es quien toma el sostenimiento del poeta por su cuenta. Los escritores son pájaros raros y de gran precio que los grandes señores de la época se prestan, se regalan, se transmiten de unos á otros para hacer gala de su buen gusto y ostentación de su fortuna. Pero lo que más me sorprende en la página copiada de *Tallemant de Reaux*, es la altivez de Malherbe en medio de su parasitismo vergonzante; acepta el dinero de M. Merand, pero exige que se le envíe un carruaje para ir á recibirlo, aunque por fin se contenta con un caballo. ¿No es este un detalle interesantísimo que da una idea sobre aquellos tiempos? El regalo de una suma no es humillante; lo que hay que guardar, ante todo, es la etiqueta.

Tallemand ofrece innumerables ejemplos de pensiones y de sumas de dinero concedidas á los autores. Hablando de Racan, dice «que vivía bajo la tutela de los gendarmes del mariscal d'Effiat». En otra página se expresa así, refiriéndose á Chapelain: «El duque de Longueville sacó á Chapelain del dominio tiránico de M. de Noailles, que se creía con derecho á maltratarle por una pensión de 2.000 libras... Su oda al cardenal Mazarino le valió 500 escudos de pensión... Más tarde, M. de Longueville aumentó su pensión en 100 libras...» ¿Qué pensaremos de este M. de Noailles, que «maltrataba» á Chapelain, hasta el punto que el duque de Longueville aprovechó esta circunstancia para hacer gala de su esplendor y quedarse con Chapelain á un precio tan elevado? Los lacayos cambian también de amos cuando los amos les aporrean el cuerpo.

Voy á transcribir ahora un documento muy conocido, pero muy interesante, que se encuentra en *Le Siècle de Louis XIV*, de Voltaire. Es un extracto de las listas de pensiones descubierta entre los papeles de Colbert y redactado, indudablemente, por Chapelain. Estas pensiones eran pagadas por el Rey: «Al

señor Pierre Corneille, primer poeta dramático del mundo, 2.000 libras.—Al señor Desmaretz, autor fecundísimo y dotado de la imaginación más poderosa que se ha conocido, 1.200 l.—Al señor Molière, excelente poeta cómico, 1.000 l.—Al señor abate Cotin, poeta y orador francés, 1.200 l.—Al señor Douvrièr, sabio humanista, 3.000 l.—Al señor Ogier, peritísimo en teología y bellas letras, 2.500 l.—Al señor Racine, poeta francés, 800 l.—Al señor Chapelain, el poeta más grande que ha existido y de más profundo juicio, 3.000 l.»

Si el título de primer poeta dramático del mundo concedido á Corneille nos satisface todavía, en cambio sorprende un poco que Desmaretz tenga «la imaginación más poderosa que se ha conocido», y que Chapelain se anote él mismo en la lista «como el poeta más grande que ha existido y de más profundo juicio.» Pero, en fin, todo esto no es interesante para mi estudio. La lista es un documento precioso porque da una idea exacta de lo que son las pensiones. No constituyen solamente una limosna distribuida á los necesitados; son también un halago del señor á los servidores que tiene para aumentar su gloria. En otro

lugar estudiaré en qué condiciones protege actualmente el Estado á las letras. En aquellos tiempos, la razón de las pensiones estaba en la situación precaria del escritor; pero también es cierto que las pensiones eran consideradas como una distinción honorífica, y de este modo se explica el que las pretendieran con empeño autores que, poseyendo una fortuna, se ingeniaban y se humillaban para conseguirlas.

Tallemant des Reaux nos proporciona un ejemplo bien concluyente hablando de Balzac: « Este hombre, que atesoraba tantas virtudes, se rebajó sin necesidad escribiendo al cardenal Mazarino: « De vuestra Eminencia el más » humilde, el más obediente y obligado servidor y pensionado... » Balzac tenía de qué vivir, y buscó, no obstante, una pensión de 500 escudos. » He aquí el parasitismo literario en todo su apogeo.

Conviene citar también el epitafio de Tristan, muerto en 1665, estando bajo el dominio de Gastón de Orleans:

« Deslumbrado por el brillo del esplendor mundano, he alimentado por mucho tiempo una esperanza vana. He pasado mi vida adu-

lando á un gran señor, y me he visto siempre pobre y anulado. Viví en la desgracia esperando la felicidad, y muero sobre un cofre aguardando inútilmente á mi amo. »

Naturalmente, todos los maltratados no se resignaban tan humildemente. Algunos hombres de talento no abdicaban de su dignidad; pero el número era muy escaso, porque, lo repito, las ideas de la época admitían esta tutela, esta dependencia servil de los escritores. Los grandes pagaban, y los literatos se plegaban á todo. Posteriormente, en tiempos de Voltaire, las costumbres cambian. Así se encuentran las siguientes líneas del gran escritor, hablando de Mainard, un literato olvidado, nacido en 1582: « Es uno de los escritores que más se lamentan de las penalidades reservadas al talento. Ignora, sin duda, que el éxito de una buena obra es la única recompensa digna de un artista, y que si los príncipes ó los ministros quieren honrarse recompensando el mérito, se recibe más honor esperando sus favores sin reclamarlos. Cuando un buen escritor ambiciona la fortuna, es necesario que él mismo trabaje por conseguirla. »

Estas ideas se separan mucho de la singu-

lar vanidad de Balzac en ser pensionado. Obsérvese, no obstante, que Voltaire no rechaza las pensiones, dice solamente que es necesario saber esperarlas.

Continúo aprovechando algunos documentos de Voltaire: «Descartes tenía un hermano, consejero en el Parlamento de Bretaña, que le denigraba constantemente, diciendo «que era indigno de un hermano de un consejero rebajarse á ser matemático.» He aquí otro ejemplo aún más expresivo. Se trata de Valincourt: «Consiguió una gran fortuna, que nunca hubiera hecho siendo tan sólo un literato. Las letras por sí solas sólo dan por resultado una vida miserable llena de humillaciones.»

En la vida de Lafontaine se encuentran noticias y datos excelentes. En *L'Amateur des Autographes*, un periódico que ha publicado cartas muy interesantes, han aparecido muchas de La Fontaine, y todas ellas son muy curiosas. En una carta del 5 de Febrero de 1618 da las gracias á su tío M. Jannart, sustituto del Procurador real, manifestándole su agradecimiento por una suma que había tenido á bien remitirle. «No es la primera vez—

dice—que V. me ha probado el interés que siento por mí.» En otra carta, dirigida al intendente del duque de Bouillon (1.º de Septiembre de 1666), «se lamenta de no haber podido cobrar sus honorarios al cabo de dos años». Lafontaine es el tipo perfecto del poeta de talento que, aun cuando sus obras obtienen casi siempre el éxito, vive en casa de los grandes señores de la época, desdeñando la noble independencia del artista.

Los ejemplos son tan numerosos, que mi tema es muy fácil. En *L'Amateur des Autographes* encuentro los documentos siguientes: «una carta de Dacier al duque de Orleans, luego Regente, que dice así: «Hace treinta y cinco años que mi mujer trabaja por el progreso de las letras, y lo que más nos persuade de la utilidad de sus obras es la aprobación con que V. A. R. se ha dignado honrarlas.» He aquí otra carta dirigida por Gilbert á Baculard d'Arnaud; copio solamente dos frases: «Tengo necesidad de un luis y no me atrevo á pedirlo. No dudo que sois lo bastante noble para prestármelo si podéis.» Finalmente, he aquí lo que madama de Genlis escribe á Talleyrand el 10 de Julio de

1814: « Mi situación es muy difícil desde que se ausentó el señor duque de Orleans; no tengo ni pensión, ni renta, ni recursos: vivo de los objetos que empeño y de las cantidades que me prestan. Si el Rey concede pensiones á los literatos, me parece que tengo más derecho que otros á ser pensionada; por módica que fuera la suma, me bastaría para cubrir mis necesidades, aunque sólo fuera de 200 francos. »

Este cuadro de la miseria general de las letras durante los últimos siglos, es muy incompleto; pero indica el derrotero que debe seguirse en este estudio y el género de documentos que hay que consultar. Una vez hecho su análisis, convendrá averiguar la utilidad que producían á los escritores sus obras, saber cómo se vendía el libro y sus rendimientos exactos. Ya he dicho anteriormente que mi trabajo no puede abarcar todos estos puntos; el estudio es difícil y exigiría mucho tiempo. Son muy poco conocidos los contratos de los autores con los editores y libreros, y las cantidades que la venta de los libros producía. Para poseer datos precisos, lo mejor es, sin duda alguna, leer con detención las memorias y las correspondencias, y de este modo

se encontrarán los « hechos ». Desde luego puede afirmarse que, tanto el libro como las obras dramáticas, producían muy poco, sobre todo si se comparan las cifras de aquel tiempo con las actuales. No hay ni un solo ejemplo de un hombre de genio enriquecido por sus obras.

Molière ganaba trabajosamente su vida. Los autores dramáticos no empezaron realmente á ganar dinero hasta Beaumarchais. En cuanto á los novelistas, poetas é historiadores, eran víctimas siempre de la rapacidad de los libreros. Baculard d'Arnaud, citado anteriormente, murió en la miseria, después de haber hecho ganar con sus obras más de un millón á sus editores.

He aquí, pues, la verdadera situación de los escritores en los siglos xvii y xviii, situación que puede definirse aún más exactamente con infinidad de documentos. La obra literaria no bastaba á cubrir las necesidades más apremiantes del autor, que era, al fin y al cabo, un pájaro raro, cuya posesión estaba reservada á los reyes y á los poderosos. Se celebraba un contrato entre el protector y el protegido; el protector le vestía, le mantenía, le

daba casa ó bien le señalaba una pensión, y á cambio de todo esto, el protegido cantaba sus alabanzas y le dedicaba sus obras para hacer pasar su nombre y sus hechos á la posteridad. Esta reciprocidad era el carácter que el antiguo régimen daba á la nobleza; ella tenía, á cambio de sus privilegios, la obligación de socorrer á todos aquellos que estaban bajo su dominio, y las letras eran sus tributarias, lo mismo que el suelo y que los pueblos. La aristocracia reinaba en absoluto, protegida por un respeto secular. Si el Rey ó los grandes magnates se permitían ciertas familiaridades con un escritor, no era esto sino una condescendencia pasajera, porque á nadie se le ocurre, verbigracia, establecer una igualdad perfecta entre el rey Luis XIV y el histrión Molière. El genio vivía á la sombra de las grandezas de un reinado, y por otra parte, según acabamos de ver, la pensión señalada á un escritor no era sólo un socorro que le proporcionaba la libertad de acción necesaria para el cultivo de las bellas letras, era también una distinción honorífica, ambicionada por los mismos escritores que disfrutaban una fortuna. Consideraban honroso el pertenecer á un señor, porque

esta circunstancia les abría las puertas del gran mundo. Toda la vida intelectual tenía su única esfera de acción en el círculo estrecho de la alta sociedad, en los salones y en las academias. De aquí el espíritu literario tal como yo lo he definido; pagado por la retórica, atento á no faltar á las conveniencias, desarrollándose en una sociedad femenina, constreñido por las disputas académicas, viviendo, ante todo, de reglas y de tradiciones, aborreciendo á la ciencia como á un enemigo que debe un día acabar con todos los convencionalismos y traer fórmulas nuevas.

III

Veamos cuál es actualmente la situación material del escritor de nuestros días. La Revolución ha barrido todos los privilegios, borrando las jerarquías y los respetos tradicionales en que se apoyaban. En el estado nuevo el

escritor es uno de los ciudadanos cuya situación ha cambiado más radicalmente. Esta evolución no ha sido rápida. Durante los reinados de Napoleón, de Luis XVIII y de Carlos X pareció estacionarse; pero lentamente todo se transformó: el modo de ser no era ya el mismo, y de día en día el nuevo espíritu literario, se fué implantando. Todo movimiento social entraña un movimiento intelectual.

La instrucción se difundió rápidamente, dando por resultado natural millares de lectores. El periódico llegó á todas partes, y las obras, rompiendo el círculo de las ciudades y los grandes centros de cultura, fueron leídas hasta en los campos. En medio siglo, el libro, que era un objeto de lujo, entró de lleno en el comercio ordinario. En otras épocas costaba muy caro; hoy la bolsa más humilde puede proporcionarse una pequeña biblioteca. Estos son los hechos decisivos. Desde que el pueblo sabe leer, desde que puede comprar con economía, la librería aumenta sus transacciones y el escritor vive holgadamente de su pluma. La protección de los grandes no es, por lo tanto, necesaria; el parasitismo desaparece de las costumbres; un autor es un obrero como

otro cualquiera, que se gana la vida con su trabajo.

Pero esto no es todo. La nobleza ha sido herida en el corazón. Perdidos sus privilegios, ha bajado poco á poco la cabeza ante el nivel igualitario. Es un organismo caduco, cuyos derechos prescribieron, y que no volverán á tener sus poetas y sus historiadores; en todo caso, tendrán que solicitar como un favor lo que antes era una especie de tributo forzoso. Las costumbres han cambiado. Hoy sería inverosímil que una casa del barrio de San Germán se diera el lujo de un Lafontaine. El escritor en la actualidad, no solamente puede ganarse la vida formándose su público, sino que buscaría en vano un gran señor que, á cambio de sus alabanzas, lo pensionara ó sostuviera.

Examinemos ahora la cuestión del dinero en la literatura. El periodismo principalmente proporciona recursos considerables. Un periódico es un negocio en grande escala que facilita la vida á gran número de personas. Los escritores jóvenes encuentran inmediatamente retribuidos sus primeros trabajos. Los grandes críticos, los novelistas célebres, sin con-